

TERCER PREMIO –I–

Desde León, cuatro generaciones de emigrantes

Felicitas Navarro Pérez

HISTORIAS DE MI HISTORIA

Aunque nací en la ciudad de Barcelona, el comienzo de mi historia se inicia en León, más precisamente en la hermosa Villafranca del Bierzo, donde opulentas casas blasonadas ostentaban sus escudos ancestrales, ubicándose en forma alineada y prolija a un lado y a otro de sus calles empedradas. Se iniciaban todas en la iglesia. No eran muchas, pero al verlas se tenía la sensación de que allí habitaba la nobleza, por lo menos buena parte del año.

En 1904, por esas cosas del destino, llegó mi abuelo. Se encontraba trabajando en las cercanías con su padre en las obras de construcción del puente nuevo y la carretera. Ambos eran maestros de obras, los habían contratado en Alicante por sus buenas referencias en trabajos de construcción. Era joven y quiso conocer las fiestas patronales que tenían tanta fama en ese tiempo. Sus ojos azules se encontraron con los castaños de Felicitas, que desprendían chispitas de miel, una joven de apenas 15 años. El amor brotó de inmediato entre los dos, enmarañando planes y destinos preparados por otros, que se estrellaron haciéndose añicos. Cuando doña Eloísa abrió con prestanda la gran caja que había llegado desde Cuba, conteniendo los famosos habanos a los que por encargo les habían hecho poner en su anillo las iniciales entrelazadas: F C y donde un poco más abajo resaltaba en negro: 6 de marzo de 1905, no se imaginaba lo que estaba por ocurrir.

Ella se sentía feliz, faltaban meses apenas para la boda de su hija con nada menos que el hijo del dueño de uno de los más importantes astilleros de

Vigo. Pero el amor pudo más y ganó todas las batallas que fueron feroces y en las que se produjeron heridas nunca reparadas. Doña Eloísa luchó con todas las armas que podía tener en sus manos. Hasta que el día que recibió la visita de Paco y su padre para pedir oficialmente la mano de Felicitas y que se anulase el compromiso previo, le dijo como última estocada: Le daré la mano de mi hija, pero sepa que no tendrá ninguna dote de mi parte, no recibirá herencia del cortijo ni de las tierras y es más ¡se la daré desnuda!... –¡Pues es así es como me gustan las mujeres!, dijo mi abuelo con tono pícaro. Al decirlas no se imaginaron nunca que estas frases quedarían hasta hoy en la memoria de todos sus descendientes.

Felicitas Carballo Álvarez se casó muy discretamente con Francisco Navarro López ante el altar de la Iglesia del Bierzo. Sus testigos: fueron José (el padre de mi abuelo) y Eloisa (la disgustada madre de mi abuela), que se vistió de negro de pies a cabeza porque hizo saber que su hija había muerto para ella desde esos momentos. El feliz matrimonio viajó en un carruaje alquilado a Ponferrada instalándose en uno de los mejores hoteles de su tiempo.

Ya era noche cuando llegaron, pero una tienda les abrió sus puertas para que la novia comprase su camisón de bodas, varias mudas de ropa interior y ropa moderna de abrigo para el invierno que se aproximaba, botas y cómodos zapatos. Su vestido de lanilla verde con su chal marfil, junto a todas las prendas restantes que usó el día que salió de su casa para casarse, fueron puestas en una caja con una nota de puño y letra de mi abuelo con la dirección de su suegra. Cuando doña Elisa la abrió, sin sospechar su interior, encontró la ropa de su hija con una nota: “*desnuda es como me la he llevado*”.

Paco madrugaba mucho para ir hasta su trabajo que ya estaba finalizando y la nueva señora Navarro paseaba por las calles de la ciudad mirando tiendas, o admirando las hermosas iglesias de la Virgen de la Encina y Santo Tomás de las Ollas. Oyendo misa y comulgando. Se sentía en paz con Dios y con el mundo, pero no trataba de pensar en su madre, ni en su hermana para no perder esa felicidad que le brotaba en la piel como en su propio nombre. No había pasado un mes desde que se casaron cuando Paco, caminando por el castillo templario que está en la cima de la antigua ciudad le dijo que un importante trabajo había surgido en las cercanías de la ciudad de Trabazos, en Zamora. Era la construcción de puente internacional que uniría España con Portugal.

–¿Te adaptarás a esa ciudad nueva? Está muy lejos del Bierzo. –¿Dónde puedo estar mejor que a tu lado? Contesto ciñéndolo del cuello. Así quedaron abrazados mirando como se ponía el sol en el valle tiñéndolo de rojo.

Para colocar la ropa de ambos compraron, en una tienda de Ponferrada, un hermoso baúl, que viajó desde ese momento por toda España y dos veces a Argentina. Un baúl que acompañó mi infancia y aún está guardando mi historia. En Trabazos alquilaron una casa bastante grande y compraron los muebles

correspondientes. Allí estrenaron la primera de las cinco camas matrimoniales que tuvieron en su vida.

A los dos años el cielo les dio el primer hijo. Fue varón y su nombre José como el padre de Paco. Al año llegaba una niña: Magdalena, el nombre de la madre de Paco. En 1909 viajaron a Altea, donde vivían las hermanas y hermano de mi abuelo y su padre que se encontraba muy enfermo. Allí nació su tercera hija: Felicitas, aunque le hubiese correspondido el nombre de Eloísa. Pero la herida había sido muy profunda, tan profunda que ninguno de los 17 hijos llevó nombres de la familia materna.

Otro trabajo los trasladó al año siguiente a Ponferrada. Otra vez estaban cerca¹ del Bierzo.

Felicitas sentía el olor de su infancia y una renovada ilusión se adentró en ella. Pero no se atrevió a ir a la casa de su madre ni tampoco a recorrer el pueblo. Su segundo varón nació allí y llevó el nombre de su padre. En 1913 se trasladaron a Periana, en Málaga. Allí Felicitas sufrió su primera gran pérdida cuando a causa del sarampión muere su hijo Paco. Días después en un parto adelantado nace una niña que llaman Milagros por la forma que pudo superar las complicaciones. Un nuevo embarazo y otro varón al que nuevamente le ponen el nombre de Paco. Felicitas recordaba al otro que había muerto y no podía aceptarlo. Solo la paciencia y constancia de su esposo poniéndoselo en el pecho cuando ya no podía más de hambre, logró que fuese conociéndolo y admitiéndolo con lágrimas en los ojos, al ver como ese hijo se aferraba a su pezón como lo hacía a la vida misma. Ese Paco fue mi padre, nacido en Periana un 14 de noviembre de 1914.

Pasaba el tiempo y nacían hijos, otros morían. Era la selección de la especie. No había antibióticos ni vacunas. Felicitas fue haciéndose fuerte con las pérdidas, aprendiendo que la vida da pero quita o tal vez quita pero da. Viviendo en Periana fue que recibieron un domingo la visita de doña Eloísa con su hija Bárbara y el novio de ésta, que era joyero. Felicitas quedó impactada sin poder reaccionar, pero su hermana Bárbara ya hecha toda una mujer la abrazó con amor. ¡Habían trascurrido tantos años! –Venimos a hablar de negocios con tu marido, dijo Eloísa muy fríamente dándole dos besos en las mejillas. Cuando Paco llegó a la sala ya habían tomado asiento. El joyero se puso de pie y lo saludó extendiendo la mano, Bárbara le dio un beso, pero doña Eloísa se quedó en su lugar sin hacer ningún gesto de cortesía.

Hemos venido solamente por negocios, dijo en forma autoritaria. Pensamos irnos los tres a vivir a Cuba y quisiera que me compraras la casa de Villafranca y el cortijo. Tiene varios toros buenos y de mucho valor. Te lo

¹ La ciudad de Ponferrada, León, es la capital de la comarca de El Bierzo (N.E.).

dejaría todo muy barato, sé que tienes dinero y te sería muy fácil comprarlo. –¡Pues mire usted lo que son las cosas!... no me apetece comprar ni la casa ni el cortijo, y menos sabiendo que es suyo. El joyero se movió nervioso en la silla. Notaba el mal humor del dueño de casa. –¡Es que te estoy ofreciendo un muy buen negocio!, ¿no te das cuenta? Quisiera que mis tierras se quedaran en la familia.

–Creo que la que no se da cuenta es usted, se vistió de negro el día de nuestro casamiento, nunca se interesó por ningún nieto ¿y ahora viene a decirme que le gustaría que sus tierras quedaran en su familia?... ¿de qué familia me habla? ¿No creo entenderla?

Felicitas sabía que su esposo tenía toda la razón, pero frente a ella estaba su madre y su corazón de hija, aunque lacerado por la indiferencia, ya la había perdonado hacía tiempo. Doña Eloísa se puso de pié pero aún sabiendo que perdía otra batalla frente a ese hombre le dijo a su hija: –¡Es tu casa y son tus tierras!... ¿Tu opinión no vale para este hombre? –Mi marido sabe lo que debe hacerse, yo apoyo su decisión.

Dos años después se trasladó toda la familia al pueblo de Altea, a orillas del Mediterráneo, donde estaba toda la familia de mi abuelo y donde nacerían el resto de los hijos. Felicitas lloraba en silencio añorando su verde Bierzo, sus senderos de bosques con sus flores de brezos, sus encinas, salgueiras y madroños, y más aún, a su primer hijo que habitaba en una tierra lejana y salvaje, llena de indios y desiertos, de peligros y olvido. El día que Paco le dijo su idea de viajar para verlo, a ella se le iluminaron los ojos marrones. –¡Ve por Dios... ve y mira como vive! Sus cartas tardan mucho en llegar y cada vez son más cortas. Sé que no puede volver porque se ha convertido en un desertor, pero está vivo y eso es lo que cuenta. Mi abuelo marchó en 1925 hacia Argentina con mi padre y que tenía sólo 12 años de edad. Mi abuela quedó en Altea esperando el regreso. Tres de sus hombres habían marchado a esa tierra y solo pedía al cielo poder volver a verlos.

José se había quedado viviendo en el pueblo de Coronel Dorrego, en plena pampa. Allí trabajaba en la cosecha de trigo, en la esquila de ovejas, en todo trabajo que se le presentara. Era fuerte como un roble. Se hizo amigo por igual de gauchos, indios, españoles e italianos. Mi abuela colocaba la ropa de su marido y su hijo en ese baúl comprado en Ponferrada, hecho con maderas de su Bierzo, pensando en todo lo que había recorrido y contenido hasta ese momento. Ahora debería viajar a una tierra desconocida. Colocó también flores de lavanda y cáscaras de naranjas secas por si alguna mariposa de polilla se atrevía a querer invadirlo y sobre todo para que cuando abrieran su tapa la recordaran por su perfume.

Luego de 45 días de viaje en el vapor “Infanta de Barbón”, desembarcaron en el puerto de Buenos Aires el 23 de diciembre de 1925. El documento

que se adjunta, expedido por el ministerio del Interior, da fe de la llegada de mi padre:

**REPUBLICA ARGENTINA
MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCION NACIONAL DE MIGRACIONES**

**CERTIFICADO
VALIDO PARA
MIGRACION**

CERTIFICADO Nº **J47555**

Buenos Aires 26 de Octubre de 1923.

El (1) 23 de Octubre 1923 se encuentra registrada la
llegada al país, en el (2) aviso "La Santa Isabel de Borbon"
del (3) Francisco Novaro Español
edad (4) 28 años (5) soltero, inscripto en 3.ª clase
bajo el Nº 10.5 y clasificado como Emigrante

El presente certificado se extiende a pedido de Francisco
Novaro (6) N.º 33.669
expedido por Cons. de R. P. A. y al solo efecto de ser presento
para trámites de sublección

Observaciones:

F. N.
A. T.
Delgado

Amalia

AMALIA DEL PUERTO ALZUGARAY
DIVISION REGISTROS Y CERTIFICACIONES
DIR. NAC. MIGRACIONES

Solicitud Nº J4755

(1) Fecha de llegada
(2) Tipo y nombre del medio de transporte
(3) Nombre y apellido del pasajero y nacionalidad
(4) Edad o fecha de nacimiento
(5) Estado civil

Para llegar al pueblo donde estaba mi tío José, tuvieron que tomar un tren que los llevaría al centro de la provincia, una llanura fértil que los indios llamaban *pampa*. Mientras esperaban en la estación de Retiro de Buenos Aires, mi abuelo le confirmó a su hijo mayor la llegada, enviándole un telegrama. Mi padre sentado sobre el baúl vigilaba atento el equipaje.

Cuando llegaron al pueblo, José estaba de pie en el andén. Mi abuelo bajó rápidamente y lo abrazó en un largo silencio. Mi padre esperaba nervioso el turno del recuento. Por fin se abrazaron los hermanos. —¡Qué grande estás!, dijo José mirándolo de pies a cabeza, y Paco sintió que le crecían alas... era lo mejor que podía decirle aquel hermano que tanto quería y que para verlo habían atravesado un océano.



La fotografía, de 1916, muestra a mi abuela Felicitas rodeada por sus hijos: José y Paca en su lado derecho; Magdalena y Milagros en el izquierdo y el padre de la autora tomado de su mano.

Pero cuando mi abuelo comprobó el lugar donde vivía, en las compañías que estaba, al ver que el dinero de su trabajo se lo jugaba entero a las cartas en una taberna (llamada boliche), pretendió poner riendas y enderezar su vida. Le propuso ir a trabajar en la construcción de unas bodegas en la ciudad de Cinco Saltos, al sur del país. —¡Estás muy equivocado padre, soy un hombre y haré la vida que quiera! Has sido tú el que me envió aquí y yo he elegido este lugar para quedarme. Viajaron los dos Pacos al sur. Allí mi abuelo dejó su obra: bodegas, acequias, diques. Cuatro años ininterrumpidos de esfuerzo y tesón, el envió de dinero para que nada faltase a la familia de España.

Mi padre concurría a la escuela pública y era el encargado de hacerle la cena a su padre, pues las demás comidas las hacían en la casa de sus amigos y compatriotas Ferrer. Mi abuelo no se quedó tranquilo, entrevistó y envió cartas de personas influyentes a la embajada de España en Buenos Aires para lograr el perdón para que su hijo José² pudiese volver a su patria. Todo fue en

² José, según relata la autora, desertó del ejército en la Guerra de Marruecos (N.E.).

vano. Volvieron solos los dos Pacos después de 4 años. Por razones tan inexplicables como extrañas, volvieron en el mismo vapor que los había traído.

José los despidió en el puerto de Buenos Aires, era un joven apuesto, su hermano un adolescente que lo admiraba y su padre un hombre que estaba dejando una parte de su alma en ese muelle. A su regreso tres hijos más nacieron en Altea del matrimonio Navarro-Carballo, de los cuales ninguno lograría conocer a su hermano mayor.

La vida fue transcurriendo y los sucesos dándose. Mi tía Magdalena se casó con un hombre que la llevó a Argentina, más exactamente a Coronel Dorrego donde se encontró con su hermano José que ya estaba casado. Más años... y la llegada de la Guerra Civil. Mi padre se fue de voluntario a luchar por sus ideales republicanos. Al término de la guerra es llevado a un campo de concentración, luego de un año y por el milagro de conocer al Jefe del Campo de Unamuno, lo liberan (pero esa es otra historia aparte). Mi abuelo fue puesto por su edad, en una cárcel en Alicante de donde salió en 1942 para morir seis meses después.

La pos-guerra y el sufrimiento de una familia tildada de “roja” en ese pequeño pueblo mediterráneo, fue increíble. Mi padre era acosado continuamente y detenido por cualquier suceso, del que lo suponían sospechoso, hasta que se aclaraba que no tenía nada que ver y volvían a dejarlo en libertad. Su trabajo, ya que no podía desarrollar su oficio, consistía en llevar el pescado que le daban los pescadores en el puer-



José despidió a los Pacos en el puerto de Buenos Aires.



1947. La fotografía muestra a mi abuela cuando visita Barcelona para el casamiento de mis padres. Junto a ella, mi tío Manolo; a su lado mi madre con mi padre.



1966. El padre de la autora, en el centro, compartiendo la mesa con su madre, sus hermanos y sobrinos.

to, cruzar la sierra de Bernia para llegar al pueblo de Gandía donde lo cambiaba por arroz o aceite. Con él iba siempre mi tía Paca, pues la tía Milagros era muy débil, y los demás hermanos demasiados pequeños.

Dejándole a su madre hasta su última moneda y cansado de tanta injusticia, decide irse a un lugar grande donde necesitaran de sus brazos fuertes y de sus conocimientos en la construcción para la reconstrucción de su país. Como estaba enamorado de mi madre y ella vivía en Barcelona, se decidió por esa ciudad.

Allí se casan en 1947 y a los dos años llego yo al mundo. A un mundo lleno de amor donde era el centro de ese universo. Abuelas, abuelo materno, tías y tíos y yo la única niña. Trabajaba en el Monte Pío como picapedrero, era muy querido por compañeros y encargados de personal. Pero la empresa, al pedir sus papeles al pueblo de Altea, comprueba que en estos había un sello con la palabra “rojo”. Mi padre pierde así su trabajo y le niegan la oportunidad de trabajar en lo suyo y en su país. A su cargo tenía la familia de Altea, que lo tenía como único sustento, y a nosotras. Mi madre cosía para afuera, pero así y todo las cosas iban de mal en peor. Se dedicó al estraperlo, compraba en los barcos: leche condensada, café, cigarrillos, azúcar y lo revendía por las calles. Era un trabajo riesgoso (*sic*) que cada vez se tornaba más y más peligroso. Así fue que mis padres se decidieron a ir a Argentina. Allí estaban José y Magdalena, los hermanos mayores de mi padre, allí podrían trabajar y hacer *la América*, como se decía, y volver con dinero para vivir felices por siempre como en los finales de los cuentos.

Mi abuela Felicitas lloraba en silencio, le suplicaba a mi padre: –¡Hijo mío, tú también me abandonas! José y Magdalena se han ido y no los he vuelto a ver, no conozco a sus hijos, sólo veo sus caras por fotografías. Tú harás lo mismo. –No madre, yo volveré se lo juro. –No jures... sólo déjame a tu hija y así sabré que volverás. No puedes llevarte también la única nieta que conozco. Pero nos fuimos, y allí quedó mi abuela castellana, la que nunca pudo incorporar el idioma valenciano, la que hablaba el castellano castizo con mucha dulzura.

Subimos al barco un 11 de febrero de 1952 del puerto de Barcelona donde solo había lágrimas y promesas de volver. Con nosotros viajaba mi tío Manolo (Manuel), que también tenía la esperanza de “*hacer la América*” y volver. En el barco, los camarotes eran para varias personas, es por eso que los hombres dormían separados de las mujeres. Si tenían niños pequeños estaban con sus madres, los varones hasta 10 años. Pero si tenían más edad dormían con sus padres en los camarotes de hombres.

Yo contraí sarampión y la mayoría del viaje estuve en la enfermería junto con mi madre que me cuidaba día y noche.

Al llegar al puerto de Buenos Aires, para pasar por la tramitación de inmigración, me llevaba mi padre en los brazos cubriéndome las piernas con una manta. Esto fue lo que le aconsejaron los médicos de abordaje, de otro modo nos pondrían en cuarentena. Gracias a Dios todo salió bien y pudimos encontrarnos con mi tío Jaime (marido de mi tía Magdalena), que era el que nos había tramitado la “Carta de llamada”, sin la cual una familia republicana no podía entrar en este país por decreto del entonces presidente Juan Domingo Perón.

Cuando recuperamos todo el equipaje, el viejo baúl (que había vuelto a cruzar el Atlántico por tercera vez), maletas, cajas de madera con la vajilla, colchones, arrollados, etc., nos dirigimos en un camión alquilado por mi tío hasta la estación de trenes llamada Retiro. Allí, tras varias horas de espera, tomamos el tren que nos llevaría a nuestro destino final: el pueblo de Coronel Dorrego.

Luego de un agotador viaje, ya que febrero en Argentina es uno de los meses de mayor temperatura del verano, el tren se detuvo en la misma estación que se habían encontrado mi tío y mi padre muchos años antes. Allí se volvieron a abrazar. Mi tío Manolo que no conocía a su hermano José le abrió los brazos... ¡Tenía tantas ganas de abrazar aquel hermano del que tanto hablaba su madre!... Pero José no sentía igual, para él solo era un joven desconocido y le estiró la mano como saludo.



Año 1966. Mi padre viaja con mi hermano para ver a su madre. Foto en la cubierta del barco.



Año 1966. El padre y la abuela de la autora; reencuentro después de 14 años.

Mi padre enviaba mensualmente una suma de dinero para su madre y sus hermanos, el cambio del peso argentino de aquel entonces favorecía mucho a los que lo recibían. Recuerdo que cada vez que volvía del correo desde donde enviaba el giro, sus ojos tenían un brillo distinto. Ponía en una caja de zapatos el recibo con gran emoción y la guardaba sobre el ropero como un tesoro secreto. Pensaría lo mucho que lo necesitaban y con cuantas ansias esperarían ese dinero.

En esta ciudad, nació mi hermano que como era sabido le pusieron el clásico nombre de familia: Paco (Francisco) y aquí vivimos, siempre pensando, imaginando y planeando volver. Las cartas y fotografías que iban y venían nos conectaban a través del

Atlántico. En el patio de la casa que hizo mi padre para vivir nosotros, moldeó dos grandes macetas de cemento. En una grabó la palabra “Altea” y en la otra “me voy”. Aún están en pie, indicando la imperiosa necesidad de ese emigrante de volver a su tierra.

Mi hermano, como era argentino, siempre se llevó bien con sus compañeros de colegio. En cambio yo puedo decir que fui discriminada muchas veces. Mis propios compañeros y muchos de mis maestros tomaban mi nombre como motivo de burla, mis dos apellidos, otro. Aquí se ponía solo el del padre. Cuando se celebraban las fechas de la independencia de este país con España, o de alguna batalla entre los dos países, todas las miradas se dirigían a mí. ¡Cuántas veces me hubiese querido desvanecer en el aire! Pero luego venía el 12 de octubre con Colón y eso me elevaba un poco la autoestima, ya que, gracias a ese marinero, mi patria en ese día era mejor mirada. También estaba el idioma, pues mis padres hablaban en casa el valenciano o el catalán, haciendo que muchas veces mi mente me traicionara y dijera alguna palabra nuestra frente a la clase o en los juegos. La pronunciación: aquí la c no tiene diferencia con la s, y la “ll” se pronuncia como “y”. Todo era motivo de guasa, en las tiendas veía con dolor cómo se burlaban de mi madre, y cómo ella los enfrentaba con altura haciéndoles ver, a veces, su propia ignorancia.

Nos agrupábamos los emigrantes españoles en fiestas, en reuniones, en eventos. En una Asociación Española de Socorros Mutuos que habían fundado

un grupo de emigrantes españoles muchos años antes. Allí estábamos: gallegos, asturianos, vascos, valencianos, leoneses, andaluces. Allí estaba nuestra bandera que nos unía, allí no habían burlas por palabras mal pronunciadas ni por dobles apellidos ni por nombres extraños. Fue en esa Asociación Española que fui designada como Presidenta de los Festejos de su Centenario y luego cuando me jubilé como maestra, trabajé durante dos años como voluntaria de la Consejería Laboral y de Asuntos Sociales de España en Argentina, para colaborar con los españoles en las tramitaciones de diversas ayudas.

Pasaban los años, mi padre trabajaba, nosotros estudiábamos, recibí mi título de maestra y conocí el amor. Mi hermano se recibió de Ingeniero y quedamos anclados aquí, en estas tierras, que no nos abrieron los brazos como tan fácilmente se dice, nos permitieron, sí, trabajar y estudiar. Pero todo con esfuerzo y con tesón, con honestidad y humildad, con los valores que nos fue transmitido por sangre y por enseñanza en nuestra familia.

Para poder ejercer de maestra, tuve que obligatoriamente renunciar a mi nacionalidad española, pues en el Reglamento Docente de la Provincia de Buenos Aires dice textualmente: *“Podrán ejercer el cargo de maestras todas aquellas personas que posean el título y sean argentinas o nacionalizadas”*.

Como necesitaba el trabajo tuve que aceptar esa condición, y así con todo el dolor de mi alma dije las palabras de renuncia, que no sentía mi corazón y estampé mi firma temblándome la mano. Mi profesión de maestra me brindó muchas satisfacciones. Pude dar y recibir mucho amor, respeto, valores humanos. Cuando enseñé historia Argentina y sus fechas patrias de independencia lo hice con justicia. Mostrando siempre las dos partes de la historia. Cuando llegaba algún alumno de otra nacionalidad como: chilena, paraguaya y hasta coreana, siempre supe hacerlos sentir como en su patria. No lo estaban... por supuesto, pero eran niños... solamente niños que necesitaban más afectos que los demás por haber perdido los suyos. Siempre me veía reflejada en ellos.

Casi a punto de jubilarme y en el pozo de una profunda depresión, mi psiquiatra comienza a “escarbar” mi vida y me dijo que un paso fundamental en mi vida era recuperar mi nacionalidad. La ley española lo permitía si había sido para ejercer una profesión. Así es que acompañada por mi querida amiga vasca, Arantxa, las dos tramitamos juntas el recupero (sic) de nuestra nacionalidad. Sé que los papeles no son llevados al cielo, solo nuestras acciones, todo queda aquí, pero esta distinción que me hizo el Municipio de Coronel Dorrego agradeciéndome el aporte que hice a la cultura Argentina, me pagó de algún modo los sufrimientos vividos.

Otra cosa a la que me llevó mi dolor por el desarraigo, fue a escribir. Escribía mis angustias o las que veía en las personas que estaban a mi alrededor. Conté sus historias de emigrantes, escuchadas en las conversaciones de sobremesas, y sobre todo la historia de mis padres, para que no se pierda la



1956, de izquierda a derecha: mis tías Milagros y Paca, mi abuela, mi tío Jesús y mi tía Elvira en el pueblo de Altea.

perfume, ella también estaba en tierra extraña aunque nadie la entendía. Yo no pude volverla a ver. Nunca pude decirle abuela, ni escuchar algún cuento por la noche, ni escuchar sus historias del cortijo, ni cómo tembló por dentro cuando se encontró con los ojos azules del abuelo. Nunca pude ir a su casa al salir del colegio como lo hacían aquí mis amigas.

Quedamos en esta tierra lejana, en este Coronel Dorrego de la llanura, enraizados con amores, hijos y nietos que la vida me fue dando como pago de todo lo que me quitó.



Casamiento de la autora el 14 de agosto de 1968.

memoria en mis descendientes. Para que sepan llevar con orgullo sus apellidos. De algunas obras presentadas obtuve importantes premios. Adjunto algunos diplomas recibidos.

Mi padre tuvo la dicha de volver a ver a mi abuela con vida. Fue con mi hermano. Contaban que hablaba de su Bierzo, de su tierra verde, de su

padre dejó su obra en pie, fue uno de los mejores constructores de la ciudad y de la zona. Construyó muchas casas, varios edificios públicos. Decían que cobraba caro, pero aún así le daban las obras por su prolijidad, por su integridad y por su responsabilidad en hacerlas. Sus peones de albañil eran otros emigrantes españoles que iba reclutando y enseñándoles el oficio para ayudarlos. Era el que mejor pagaba a sus hombres. Era reconocido por todos como “hombre de palabra”, como un ejemplo de trabajo y honradez.

Esta tierra recibió en su vientre a mis tíos José y a Magdalena, dos zamoranos que transmitieron su sangre a 8 hijos y que hoy se bifurcan en nietos y bisnietos y que viven en distintas latitudes de este

país. También mis padres hace dos años que descansan en esta tierra a la que solo vinieron “por un tiempo”.

Estoy casada desde hace 38 años con Anastasio Madariaga Rodríguez, nieto de vascos, leoneses y holandeses. Tengo 3 hijos y 5 nietos. Estoy orgullosa de ellos, son excelentes personas que tienen valores morales íntegros. Mi hija Vanesa (casada, de 37 años) es Profesora de Ciegos y de Deficientes Mentales. Hace su trabajo con mucho amor. Tiene dos niñas y un niño. Viven en esta misma ciudad. Mi segundo hijo Sergio (casado, de 36 años), vive en la ciudad de Monterrey, en México. Tiene una hija. Es emigrante como yo, sufre en carne propia el desarraigo. Él se fue de su tierra también por un gran amor como mi abuela Felicitas. Mi hijo más pequeño: Federico (casado, de 30 años), estudia en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca y tiene una niña de meses.

Mi hermano Paco vive en Cipolletti, provincia de Río Negro, Argentina. Tiene 3 hijos: Manuel, soltero de 20 años, estudia Periodismo en la Universidad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Francisco: soltero de 19 años, estudia Ingeniería en la Universidad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Úrsula: soltera de 16 años estudia en la escuela secundaria y vive con sus padres en Cipolletti.

Con esto quiero decirles que la sangre de mi abuela leonesa continúa corriendo por las venas de incontables descendientes en varias partes de América. Después de 51 años de ausencia pude volver a España y lloré en su tumba que está en ese hermoso pueblo blanco que es Altea, junto al amor de toda su vida, mi abuelo Paco. Abracé a mis tías y tíos que permanecieron siempre unidos a nosotros por invisibles cordones de amor. Conocí a mis primos. Caminé por Barcelona y entré a la iglesia de San Miguel del Puerto, donde se casaron mis padres y fui bautizada. ¡Bailé sardanas en Monserrat! Por las calles vi a otras personas que eran emigrantes, como yo lo era en Argentina, vi el dolor reflejado en sus ojos, el desarraigo dentro de su alma, ¡ellos estaban donde yo debí estar!, y yo estaba solo de paso en mi propia tierra donde estaban ellos.

¡Qué cosas extrañas nos hace hacer la vida!, o tal vez serán los hombres que con sus políticas corruptas y su afán de poder desmedido, no tienen en cuenta el sufrimiento de las personas de su país, que deben dejarlo para poder vivir dignamente. Me pregunté también ¿de dónde soy? En Argentina me consideraron extranjera siempre, en las calles de mi patria también me trataban como extranjera por el acento adquirido. Mi corazón bombeando al ritmo de pasodobles y jotas, me lo respondió: “Soy española”, siempre lo seré y siempre estaré dividida entre estas dos patrias, la de mi nacimiento y mis ancestros y la de mis hijos y mis nietos, la que vivo y en la que esperaré la muerte.



Fiestas familiares, noviembre 1994 y 95.

HIJOS DE FELICITAS CARBALLO ÁLVAREZ Y DE FRANCISCO NAVARRO LÓPEZ

Nombre	Fecha naco	Lugar de nacto.	Lugar de f.	Fecha f.
José (Pepe)	26/05/1906	TRABAZOS (Zamora)	Cnel. Dorrego	14/02/1982
Magdalena	17/10/1907	TRABAZOS (Zamora)	Cnel. Dorrego	26/07/1999
Felicitas Elvira	04/04/1909	AL TEA (Alicante)	Periana	02/05/1915
Francisco	15/12/1910	PONFERRADA (León)	Periana	12/08/1913
Francisca (Paca)	27/03/1912	PONFERRADA (León)	Altea	25/03/2003
Milagros	24/09/1913	PERIANA (Málaga)	Altea	5/08/2005
Francisco (Paco)	14/11/1914	PERIANA (Málaga)	Col. Dorrego	02/11/2003
Felicitas	03/07/1917	PERIANA (Málaga)	Altea	24/04/1930
Elvira	23/02/1919	PERIANA (Málaga)	Altea	15/12/2003
Manuel	11/02/1921	PIZARRA (Málaga)	Altea	10/05/1923
Julio	28/12/1921	PIZARRA (Málaga)	Pizarra	23/03/1922
Lolita	08/02/1923	ALTEA (Alicante)	Altea	16/09/1924
Manuel (Manolo)	04/02/1924	ALTEA (Alicante)		
Maruja	04/02/1924	ALTEA (Alicante)	Altea	13/05/1924
Jesús	05/09/1930	ALTEA (Alicante)		
Jaime	24/03/1930	ALTEA (Alicante)	Altea	04/07/1930
Jaime	18/11/1932	ALTEA (Alicante)		

Pero aún me queda una cuenta pendiente: conocer ese pueblecito en la montaña por el que pasa la vieja Ruta Compostelana, que se llama Ambas Mestas, donde nació mi abuela, y Villafranca del Bierzo donde pasó su

infancia y un poco de su adolescencia, donde conoció a mi abuelo, donde sus manos se rozaron por primera vez. Quiero caminar por sus calles y pararme frente a la casa blasonada por el escudo de los Carballo. Donde comenzó mi historia, donde ganó el amor simplemente porque era el verdadero.



Pasaporte de Francisco y Úrsula, padres de la autora.

MI TÍO JOSÉ

José Navarro Carballo, nacido en Trabazos, el 26 de mayo de 1906 fue el primer hijo del matrimonio de mis abuelos. Antes de ser llamado al Servicio Militar, mi abuelo lo envió a Argentina. Se decía que los jóvenes eran enviados a la Legión Extranjera en el África de donde no volvían con vida³. En este país se radicó para siempre en el pueblo de Coronel Dorrego, en la provincia de Buenos Aires.

Se casó con una joven llamada Antonia cuyos padres eran de Altea. Con ella tuvo cuatro hijos, dos varones (Paco y José) y dos mujeres (Felisa e Irma). Cuando llegamos, su vida era muy pobre, alquilaba un cuarto de conventillo

³ La autora se refiere a los años 20 en la llamada Guerra de Marruecos (N.E.).

donde vivía con toda la familia. Mi padre hizo lo imposible para lograr que su hermano mayor dejara el trabajo de estación (cosecha, esquila, siembra), que solo le permitía ganar dinero en forma temporaria, para que trabajase en lo que sabía y había aprendido de su padre: la construcción. Logró su objetivo y la situación económica de José mejoró rápidamente. Compró un terreno y comenzó a levantar las paredes de su casa ayudado por mi padre y sus hijos varones que hacían de peones de albañil los fines de semana y días feriados. Durante la semana los tres hermanos (José, Paco y Manuel), trabajaban en las obras ayudados por los sobrinos que se sacaban su jugoso jornal. Eran tiempos de bonanza, créditos hipotecarios para las viviendas eran otorgados a los habitantes de toda la Argentina y el trabajo abundaba.

Mi padre hizo muchas averiguaciones ante el Consulado de España para poder ver una manera de que su hermano pudiese volver a ver a su madre. Le fue negado varias veces por considerarlo aún desertor. Cuando por fin la ley pudo permitirlo, ya era tarde tanto para él como para mi abuela. La vida le fue dando nietos, que a su vez ya tienen hijos. Los terrones de estas pampas lo cubren en una tumba donde descansa junto a su Antonia.

Un trozo de historia de mi tío Pepe (José)

Corría el mes de octubre, la mañana era cálida y el cielo muy azul. Buen augurio para las esperanzas de José. Abrió la puerta de la cocina y salió al patio. Mil pájaros parecían cantar para él. A lo lejos mugía un ternero pidiendo por su madre. Más cerca ladraban dos perros. Todos estos sonidos daban la música clásica al pueblo rural y tranquilo. Él que a diario los escuchaba, hoy los sentía muy distintos. Decidió, como lo venía haciendo desde una semana atrás salir a esperar al cartero. Caminaba con paso inseguro y temeroso. Su corazón latía fuerte. Había momentos en que sus piernas parecían no poder sostenerlo. Pero recorría los metros de su acera una y otra vez. ¿Llegaría hoy la respuesta? El cartero apareció en la esquina alegremente y le entregó el aviso de retorno. José miró rápidamente la firma. ¡¡¡Era ella!!! ¡¡¡Había firmado ella!!! Isabel vivía, aún vivía. La vida volvió de golpe; sintió dolor, alegría, angustia. Todo junto anudado en la garganta. Aturdido guardó el papel en su bolsillo, murmuró algo al cartero y por fin entró en su casa. –Estoy cansado, comentó al pasar por la cocina y se fue a su cuarto. Al recostarse tocó su bolsillo para saber si solo había sido su imaginación, pero no, allí estaba el papel. Lo sentía latir entre su ropa. Isabel vivía y había recibido su carta, su tan tardía carta. Cerró los ojos, se dio cuenta que lloraba. ¿Cuándo había sido la última vez que había llorado? No se acordaba. Imágenes mezcladas fueron llenando su mente y todo se hizo claro.

A pleno sol todo brillaba en la plaza mayor frente a la iglesia. Las alegres guirnaldas con banderitas coloridas que el viento jugaba parecían chispas de luz. Era el Día de San José... su santo. Unos diez hombres con instrumentos de música tocaban pasodobles. El cielo era azul y él era tan feliz. Su corazón saltaba dentro del pecho, sus ojos tan azules como el cielo la buscaban entre la gente, mientras conversaba con otros muchachos de su edad. De pronto todo se borró en su entorno. ¡Sólo estaba Isabel!... Su Isabel bajaba los escalones de la Iglesia con un vestido rosa pálido. Le tomó fuertemente el brazo a Pedro y casi lo empujó para que caminara. Su amigo al instante se dio cuenta y se prestó para la complicidad amorosa. Caminaron hacia la iglesia. Isabel conversaba con su hermana pero sus ojos estaban en los de José. Se miraron por minutos que parecían eternos. La plaza giraba a su alrededor. Estaban solos entre tanta gente ¡¡Cómo se amaban!! Al cruzarse, sólo la tímida sonrisa en la boca de Isabel le demostró que no estaba equivocado. Y de su mano cayó el pañuelo, tirado a propósito, con gracia pero como al descuido. José lo tomó y guardó nervioso en su bolsillo.

Lo tenía todo. Juventud, fortaleza, salud, familia, amigos. ¡¡¡Y ahora el amor de Isabel!!! Todo era música, color, alegría. No en vano había pasado tantas veces por la puerta de la farmacia y tanto le había insistido a su madre en ser él el que fuera a la botica a comprar algún medicamento para sus hermanos.

El barco se alejaba del puerto. Aún sentía los brazos de su padre abrazándolo rápido pero tan fuerte que hasta dolía. En cambio el abrazo de su madre en el pueblo no le dolió. Ella lloraba en silencio. Su piel fina que olía a lavanda estaba mojada y muy pálida. Sus palabras dulces y castellanas aún estaban en sus oídos. Tal vez su intuición de madre le decía que no volvería a ver más a ese, su primer hijo. Pero en eso no había que pensar. Delante estaba la aventura. Se dirigía a la tierra de los indios. A la tierra de los gauchos. A las Pampas Argentinas. Su padre no había querido que hiciera el servicio militar en España, pues los jóvenes no volvían de la Legión Extranjera en el África. Así que decidió mandarlo a América para salvar la vida de su primogénito.

A José esto le parecía aún más interesante. Y el recuerdo de Isabel en su lejano pueblo de Requena junto a su amor se fue quedando dentro del pecho y solo a floraba en las noches de soledad en que miraba el cielo y veía otras estrellas que ella no vería nunca. Llegó a las pampas y abrió la tierra, sembró, hombreó bolsas, fue marinero y pescador. Después hizo su oficio: fue albañil. Encontró otro amor, era distinto. Fue pasión, tanta soledad... Llegaron hijos, después los nietos. Pasó la vida y el pañuelo de Isabel nunca supo en que rincón de sus recuerdos se perdió.

El tiempo pasa pero los recuerdos quedan, a veces tan adentro que cuestan salir, pero que cuando salen no se pueden callar. Era el otoño en la vida

de José y el recuerdo de su primer amor un día afloró de su alma. Pensaba en ella. ¿Sería casada...? ¿Viviría?... ¿Se acordaría de José aún?...

Noche tras noche aparecían: la plaza, los músicos, ella con su vestido rosa pálido, su sonrisa tímida y su pañuelo cayendo en cámara lenta al piso. No podía hablar de esto con sus hijas y mucho menos con su esposa. Pero un día, en casa de su hermano comentando recuerdos compartidos en su infancia apareció el nombre de Isabel. Y lo que guardó tantos años sin hablar salió solo, como sale la lava del volcán cuando estalla. Fue su sobrina soñadora la que lo incitó a escribir. No era pecado... solo saber si vivía... si lo recordaba aún... si se había casado... Se mezcló todo, se arremolinó como una tormenta: “Isabel, mi querida Isabel. ¿Vivirás?, ¿qué heridas te habrá dejado mi partida?... ¿qué heridas te habrá dejado la Guerra?⁴... ¿Aún estarás en el mismo lugar?... Y yo aquí tan lejos y tan olvidado.”

Escribió la carta sobre la mesa de luz, como un ladrón robando en el tiempo y en el espacio de su familia. Y en el sobre puso la misma dirección que conocía desde hacía 70 largos años. –Con aviso de retorno– dijo en el correo, y se puso a esperar.

Isabel contestó y él volvió a escribir. En cada palabra recordaba otros momentos. Esperaba el cartero temblando de emoción y de alegría. Era aún joven, su corazón latía igual que entonces. Solo el espejo y el dolor de sus piernas al caminar le decían que habían pasado muchos años. La casa de su hermano y su sobrina era el lugar para saborear esas letras en secreto. Se contaron cosas: ella no se había casado nunca, no sintió otro amor que el suyo, lo esperó muchos años, aún después de la Guerra. No se atrevió nunca a ir hasta el pueblo donde sabía que estaba su familia para averiguar sobre él. Muchas veces se sintió cobarde pero luego se quedó en soledad con sus recuerdos. Ahora vivía con una sobrina farmacéutica, en la misma botica que heredó de sus padres. Él tenía una gran familia con esposa, hijos, hijas y nietos. Los dos ahora estaban unidos por cartas de papel que esperaban con ansias de uno y otro lado del Atlántico. Todo estaba bien, la vida continuaba y sonreía.

Pero las tormentas llegan a veces sin previo aviso. Y de ese modo llegó a los oídos de Antonia la noticia de que José se escribía con una antigua novia de España. Primero le costó creerlo, pero luego al pensar en los raros días en que José madrugaba, en sus paseos matinales por la acera, se dio cuenta que no eran rarezas de la edad como ella ingenuamente había pensado.

Esperó el almuerzo y ante dos de sus hijos pidió la verdad. José no habló, no pudo, solo asistió con la cabeza. No pudo explicarle con palabras que su corazón aún se sentía joven, que latía y que amaba a todos: a ella que le había

⁴ Se refiere a la Guerra Civil española, 1936-1939 (N.E.).

dado su juventud y sus hijos, a sus hijos que eran su vida y a sus nietos que eran su sol. Y que el amor de Isabel era otra cosa... una parte de su vida sin completar, un amor puro, ingenuo y lejano. Había llanto en los ojos de Antonia, asombro en el de sus hijos. Las palabras cargadas de reproches fueron mucho peso para el alma cansada de José.

Así decidió no escribir más, tampoco esperó al cartero. Dos cartas más llegaron de Isabel, dos cartas que nunca fueron abiertas pero que fueron recibidas por Antonia y dejadas en la mesa en forma silenciosa y luego pasaron al armario, a la cómoda, al placard, sin que nadie osara romperlas ni abrirlas. Después hubo silencio, dolor y distancia. Su hija menor guarda las cartas atadas con una cinta rosa. No se atrevió nunca a leerlas, las últimas aún están cerradas.

(Este cuento lo escribí en homenaje a mi tío José, fue una circunstancia real en su vida y en la cuál participé alentándolo para que escribiera a Isabel).

MI TÍA MAGDALENA

Mi tía Magdalena nació en Trabazos, Zamora, el 17 de octubre de 1907. Se fue acostumbrando a peregrinar por distintas regiones, donde su padre era contratado, pero siendo la mayor siempre tenía el privilegio de irse los veranos a casa de sus tías paternas donde era mimada en demasía.

Cuando la familia completa se instaló en Altea, Magdalena ya era una joven muy bonita a la cual muchos mozos la pretendían. Ella solo tenía ojos para Antonio, pero el noviazgo quedó truncado casi en sus comienzos cuando él se fue a Valencia a estudiar de médico. Meses después llegó Jaime Montaner, había nacido en Altea pero se había ido junto con sus padres y hermanos a Argentina siendo pequeño.

Ahora volvía con la intención de casarse y llevarse a su mujer a la lejana tierra donde, según él, estaban más que bien en lo económico, ya que todos los hombres de la familia ejercían la profesión de carpinteros, muy bien pagada en ese país. Se enamoró de Magdalena, que primeramente no le prestó atención porque seguía pensando en Antonio. Pero el destino ya lo había decidido así y se casaron en la iglesia de Altea con una rimbombante fiesta.

En el centro de la imagen, mi tía Magdalena comiendo en casa de mis padres.



Mi tía Magdalena comiendo en casa de mis padres.



Paco y José, los dos hijos mayores de Magdalena, tía de la autora.

Meses después partirían para Argentina a establecerse.

La despedida fue muy triste, las hermanas se abrazaban una y otra vez, recordándose cosas, mis abuelos miraban la escena en la estación. Pensaban que tal vez el cielo así lo había querido y que José no se sentiría tan solo cuando su hermana llegara, pues el destino también era el pueblo de Coronel Dorrego. Su vida aquí fue muy dura. La bonanza económica prometida no era tal y tuvo que enfrentar muchas necesidades con sacrificio. Magdalena tuvo cinco hijos, tres varones (Paco, José y Jaime) y dos hijas (Felisa y Carmen). Se mantuvo en ellos los nombres familiares, solo que por capricho del Jefe

del Registro Civil, no aceptó el nombre de Felicitas, cambiándolo por Felisa. Carmencita, su hija menor que tenía unos meses más que yo, murió víctima de la epidemia de poliomielitis. Recuerdo aún lo bonita que era y lo mucho que jugábamos las dos.

MI TÍO MANOLO (MANUEL)



La fotografía muestra a mi tío Manolo en la cubierta de un buque pesquero, al fondo se pueden ver las montañas de la Isla de Tierra del Fuego (1956).

Mi tío Manolo tenía 23 años cuando llegó al país, un 28 de febrero de 1952, junto con nosotros. Luego de estar dos años trabajando en la construcción con mi padre en este pueblo, decidió que le seguía gustando el mar, ya que en España había trabajado de

marinero. Decidió ir a la ciudad de Necochea y se embarcó en un pesquero. Luego fue al puerto de Mar del Plata, donde hizo muchos viajes al sur del Atlántico a la pesca del calamar, langostinos y atunes. De allí pasó a Buenos Aires donde comenzó a realizar viajes largos en buques cargueros. Conoció muchos puertos del mundo, desde donde estaba nos mandaba postales. Conoció por primera vez el edificio más alto del mundo cuando llegó su carta desde Nueva York con una postal del Empire State. Solía llegar de sorpresa para las navidades, lleno de regalos de los países más extraños. En esos viajes pudo visitar dos veces a su madre que siempre estaba con los brazos abiertos para recibir a los hijos que tenía esparcidos por el mundo.

En 1984 se jubiló y decidió irse a España a vivir con sus hermanas, ya que Milagros estaba soltera, Paca y Elvira viudas. En la actualidad se encuentra viviendo en una residencia para la Tercera Edad en Altea. En mi viaje pude estar con él, disfrutar de momentos y de recuerdos.

SENTIRES DE UNA EMIGRANTE (Poesías de mi autoría)

Viejo baúl

Viejo baúl, recuerdos de mis días
siempre guardando lo ignoto y lo prohibido
en el verano frescuras de naranjas
y naftalinas de los inviernos idos.

Viejo baúl, nacido allá en El Bierzo
que el mar cruzaste tres veces sin sentirlo
en las bodegas de barcos humeantes
durmiendo acaso con infernales ruidos.

Mi infancia en tus entrañas tuvo el juego,
cuando aprovechando que mi madre había salido
mi hermano y yo levantábamos tu tapa
en busca de tesoros escondidos.

Allí estaba el cobertor azul.. tornasolado,
sábanas bordadas de blanco hilo,
una muñeca del siglo diecinueve,
de Manila... en porcelana... dos chinitos.

El rosario de plata de tía Milagros
el regalo que me dio cuando vinimos,
el libro de la primera comunión de mi madre,
una mantilla, un mantón y un abanico.

Aún te tengo baúl de mis recuerdos
aún estás lleno de tesoros escondidos
mi traje de novia... el de mis danzas....
que mis nietas revuelven con sigilo.

Pero el lugar que habitas no me gusta
me he propuesto que vivirás conmigo
teniendo de honor lugar en esta casa
para recordar momentos conocidos.

Rasparé por eso tus herrumbres
y pondré en tus maderas nuevo brillo
serás joven otra vez... ¡te lo prometo!
y hasta que muera estaremos juntos.

¿De quién serás después?.. nadie lo sabe
yo quisiera que de algunos de mis hijos
para que cuenten la historia de tu vida
y que en ti guarden sus recuerdos más queridos.

Felicitas Navarro Pérez



Familia Montaner-Navarro (tíos y primos de la autora).



Diversos diplomas de la autora.

Por un amor

Abuela... por un amor que creíste verdadero
dejaste tu casa materna... tu verde Bierzo...
¿Te arrepentiste alguna vez de tal arrojó?
¿o bendijiste mil veces haberlo hecho?

Por un amor mi hijo marchó a México
Dejó su casa, sus padres, sus amigos.
Se llevó el mate, la bombilla, su bandera
y entre tres patrias se siente repartido.

La de su madre, la Iberia milenaria...
la propia, con sus pampas... sus mil trigos.
La de su hija, que tiene olor a gloria
porque por algo allí encontró el destino.

¿Quiere la vida repetir historias?
¿Quiere mi Dios repetir dolor sentido?
¿O quiere acaso decimos sin palabras
que en la tierra no hay fronteras sino nidos?

Felicitas Navarro Pérez

Duda

¡Explícame Señor... soy toda duda!
y no solo no entiendo lo infinito,
sino quiero que hoy me respondas
la magnitud de momentos muy sencillos.
¿Por qué si el astro sol es siempre el mismo
brilla distinto en cada una de sus tierras?
¿Será porque los cantares de las gentes
se elevan hasta el cielo y modifican?

¿Por qué cada patria tiene sus olores
que te embriagan y te atrapan de por vida?
– si todo este planeta es uno solo
¿Por qué se quiere volver a la de una?

¿Por qué el emigrar es tal desgarró
en el alma de todas esas gentes
aunque los brazos fuertes de otras patrias
se abran para ellos indulgentes?

¿Por qué quiero ver las casas blancas
salpicadas con mil rejas morunas
que duermen al latir mediterráneo
cuando golpea sobre esa vieja orilla?
¿por qué si no están en mis pupilas
– ya que cuando me fui era muy niña
¿Por qué esta en mi sangre toda...
esa cal... esas tejas... esa música...?
¿Por qué cuando escucho sus sonares
en sus coplas, sus flamencos y sus jotas
se me mueve sin quererlo hasta el alma
y esa música y yo, somos solo una?

¿Será Señor porque escuchaba
el dolor en la garganta de mis padres
que se acentuaba con nostalgia día a día,
y con el tiempo se fue formando cáscara
pero el alma siempre quedó herida?

Tal vez Señor en tu sapiencia
Has querido que amemos otras patrias,
que sembremos con amor nuestras semillas,
que se mezclen las gentes y sus hablas,
que se ayuden y se amen sin fronteras
¡como humanos! sin colores y sin razas
y así solo mirando al infinito....
entender que a toda la tierra hay que amarla.

Felicitas Navarro Pérez

“La madre de mi padre”

Cuando camino en la arena
que el mar baña con su espuma,
miro el lejano horizonte
donde cielo y agua juntan.
y recuerdo otros paseos
de cuando era una niña
buscando mil caracolas
que quedaban en la orilla.
Recuerdo la mano áspera
que sostenía la mía
para que no me escapara
y que escuchara sus cuitas.
–“Del otro lado del mar
(decía siempre mi padre)
está el pueblo de Altea,
allí está viviendo mi madre
y allí debemos volver...
se lo prometí la tarde
que me despedí de ella
y nunca más pudo alzarte”.
¡Abuela, querida abuela
nunca yo pude llamarte!
¡Nunca al salir de la escuela
pude ir a visitarte!
¡Nunca en blanco camisón
cuentos pudiste contarme!
Pasaron ya muchos años y
hoy paseo de tarde
por esas mismas arenas...
Dios ha querido premiarme,
pues a cambio de esa abuela
que ya no pudo mimarme
llevo en mis manos palomas
¡palomitas palpitantes!
Son las manos de mis nietas
que también quieren escape,
pero que yo las retengo
tan solo para contarles:



–“Del otro lado del mar
la abuela vino una tarde
y dejó allí a su abuela,
a la madre de su padre”.
Desde algún lugar del cielo
mi abuela estará mirándome,
está su sangre en mis nietas,
y las mira desde mi padre!
¡Qué cosas tiene la vida!
¡Qué dolor el emigrante!
¡Cuántas cosas que dejó:
amores... patria... sus padres...!
Pero el Señor es tan justo q
ue cuando haces balance
es tanto lo que ahora tienes
como lo que antes dejaste..

Felicitas Navarro Pérez



Noviembre de 2005 en Monterrey. Mi nieta Mariana,
mi nuera Zabdy, mi hijo Sergio, mi esposo y yo.

Es a cambio de esa abuela
que ya no pudo mimarme
llevo en mis manos palomas
¡palomitas palpitantes!
Son las manos de mis nietas
que también quieren escape,
pero que yo las retengo
tan solo para contarles:
Y del otro lado del mar
La abuela vino una tarde
y dejó allí a su abuela,
a la madre de su padre”.
Desde algún lugar del cielo
mi abuela estará mirándome,
está su sangre en mis nietas,
¡las mira desde mi padre!
¡Qué cosas tiene la vida!
¡Qué dolor el emigrante!
¡Cuántas cosas que dejó:
amores... patria... sus padres...!
Pero el Señor es tan justo
que cuando haces balance
es tanto lo que ahora tienes
como lo que antes dejaste.

Felicitas Navarro Pérez



Diversas fotos familiares en los años 2001 a 2006:



La siguiente fotografía muestra el casamiento de su nieto Fabián, en el que están sus padres, su tía Magdalena y su prima Falisa (madre del novio). Mi tío José ya había muerto.

